

Afortunadamente, Señores y Señoras, padres y madres de familia que me escucháis, habéis comprendido cuán importante es la educación cristiana de vuestras hijas, y haciendo toda clase de sacrificios, que indudablemente os serán recompensados, contribuís al sostenimiento de este plantel de enseñanza, que es esencialmente cristiano, y cuyo orden y moralidad, verdaderamente admirables, son prenda segura del éxito más lisonjero. Por esto, interpretando los sentimientos de la señora Directora, os doy las más expresivas gracias por vuestros nobles esfuerzos y os conjuro para que sigáis impartiendo al Colegio vuestra valiosa protección, á fin de que logre alcanzar el grado de prosperidad que necesita para llenar más cumplidamente su importante objeto.—HE DICHO.



LA IGLESIA CATOLICA

Y LA LIBERTAD.

Suelen los impíos inculpar á la Iglesia Católica de enemiga de la libertad de los pueblos y de adversaria de todo progreso, y no deja de ser curioso escuchar las apasionadas arengas ó leer los discursos de estos escritores que, casi siempre, profesan los principios más contrarios á la verdadera libertad de los pueblos y más disolventes de todo orden social.

¡Que la Iglesia católica es enemiga de la libertad! Apenas puede creerse; y ciertamente que no se creería, si no lo escucháramos con nuestros propios oídos, si

no lo leyéramos con nuestros propios ojos. ¡Cómo! ¿será posible que después de cerca de diez y nueve siglos de constantes y gloriosas luchas en pro de las verdaderas libertades y de los legítimos derechos de los pueblos; será posible que después de cerca de diez y nueve siglos de una enseñanza constante, universal, jamás interrumpida, de la sublime doctrina del cristianismo, la más favorable á los intereses de la humanidad; será posible, decimos, que haya una sola voz que se atreva á arrojar á la faz de la Iglesia tamaña calumnia? ¡Ah! sí, por desgracia, no una sino muchas voces se han alzado en estos últimos tiempos para acusar á la Madre del género humano, á la incansable vigía que vela constantemente á las puertas del alcázar del mundo, resguardando á sus descuidados moradores de toda sorpresa y librándolos de toda esclavitud, para acusarla, no sólo de haber descuidado sus deberes, sino de ser ella la que conspira contra la libertad del mundo.

Pero será en vano que preguntéis á esos escritores cuáles son los hechos en que fundan su falsa acusación; cuáles las doctrinas profesadas y enseñadas por los Padres de la Iglesia ó los grandes escritores ortodoxos que favorezcan el despotismo; será en vano, porque ora os responderán con frases sonoras que nada dicen

por su ambigüedad, ora os espetarán largos discursos henchidos de citas falsas y de hechos maliciosamente referidos.

¡Que la Iglesia católica es enemiga de la libertad! ¿Cómo al eco de esas voces impostoras no se levantan del hueco de la tumba las generaciones que pasaron, para arrojar un enérgico mentís á la faz de esos calumniadores? ¿Cómo los gladiadores romanos que luchaban en los circos públicos con las fieras; cómo los prisioneros de guerra uncidos al carro de triunfo de los vencedores; cómo los esclavos encorvados bajo el duro látigo de sus crueles capataces; cómo la mujer, vilmente degradada; cómo, en fin, el pueblo entero, explotado siempre en beneficio de unos pocos, no se levanta para protestar contra esa calumnia sin ejemplo?

Mucha ignorancia ó una malicia infernal se necesitan para pronunciar esos discursos ante las asambleas públicas ó para consignar tales despropósitos en las páginas de libros y folletos que ven la luz pública en el seno de sociedades eminentemente cristianas. Estas saben muy bien cuál era el estado del mundo antes de la venida del Salvador, y cuáles los cambios profundos, trascendentales, realizados después en medio de esas sociedades, al solo influjo de las enseñanzas cristianas; y saben también cuáles son

el origen y las tendencias de estos modernos propagandistas. Si; á pesar de que las sociedades modernas han sido trastornadas desde sus cimientos; á pesar de que se ha logrado introducir el desorden en las ideas y en las costumbres; á pesar de haberse adulterado la historia; de haberse mentido con desenvoltura; á pesar, en fin, de todos los esfuerzos empleados por la impiedad en la asombrosa lucha que ha agitado al mundo en estos últimos siglos, la verdad ha salido al fin vencedora y la impiedad subsiste como un hecho, pero subsiste vencida, humillada, desterrada del corazón de los pueblos que comprenden que la idea cristiana es la fuente, y la Iglesia la protectora de todas las libertades, y que la impiedad no es sino la misma tiranía mal disfrazada con el ridículo traje del arlequín que disimula con falsos oropeles la grosera urdimbre de la tela.

Y así es, en efecto.

En toda ciencia se reconoce un axioma, un principio fundamental que le sirve de base, y del cual se deducen de una manera lógica y necesaria todos los demás principios que, como consecuencias ineluctables, forman el conjunto de la doctrina. Si este axioma ó principio llega á formularse de una manera falsa, es decir, si se pretende hacer pasar como verdad fundamental un error, falta á la ciencia la base ne-

cesaria, y claro es que las consecuencias que se deduzcan, han de ser falsas también y falso el conjunto de la doctrina. La política es también una ciencia, y una ciencia de las más importantes y difíciles, puesto que sus principios tienen que aplicarse á las sociedades humanas; y si la política es una ciencia, debe admitirse que existe un axioma ó principio fundamental, del cual hayan de deducirse los demás con las reglas de su aplicación. Siendo, pues, la política la ciencia de los gobiernos, la que trata del poder temporal erigido en el seno de los pueblos para su conservación y perfeccionamiento moral y material, dentro del círculo de la libertad y de los derechos del hombre, el axioma fundamental de esa ciencia, debe versar sobre el origen de ese poder; y si este axioma se formula de una manera falsa, sancionándose como verdad lo que es contrario á la verdad, las consecuencias de ese principio han de ser también necesariamente falsas y contrarias á la verdadera libertad de los pueblos, que es el objeto más noble que se propone la ciencia de la política.

Así pues, formulando de una manera falsa ese axioma sobre el origen del poder, la impiedad moderna, encarnada en eso que se llama por antítesis el "liberalismo," en vez de formar un conjunto de doctrina favorable á la libertad, no ha hecho

sino remachar en los pies de las sociedades la dura cadena de la esclavitud. El poder, dice, "reside esencial y originariamente en el pueblo," y los gobiernos, escudados con este principio, ni reconocen otra ley superior á la suya, ni quieren que se llame ley más que á los dictados de su capricho. Las consecuencias de tal error tienen, pues, que ser funestas y desastrosas para la libertad; porque basta que los que se llaman representantes del pueblo expidan una disposición cualquiera, para que se le dé el nombre de ley y obligue su observancia, aunque semejante "ley" sea contraria á las leyes eternas de la justicia y de la moral. El cristianismo, por el contrario, ha enseñado con su divino Fundador, "que todo poder viene de Dios" y que Dios es la fuente, el origen del poder público.

Toda disposición, pues, que sea contraria á las leyes de Dios, es decir, á la justicia, no merece el nombre de ley, háyala dictado un rey absoluto ó una asamblea legislativa.

¿No es este principio un principio de libertad, una garantía contra los avances del poder, el escudo y mejor defensa de las públicas libertades?

Mas ¡ay! hasta este principio sublime de libertad se ha querido obscurecer y tergiversar por los enemigos del cristianismo,

dándole una explicación que no es la de la Iglesia católica, sino la de un sistema por ella condenado: el cesarismo. El cesarismo ha sido el que ha enseñado que el Rey es inmediatamente designado por Dios para gobernar y es "ley viva," sin más limitación que su voluntad soberana.

Para defender á la Iglesia de esta nueva calumnia, y al mismo tiempo para justificar nuestra tesis de que, lejos de ser aquélla enemiga de la libertad y de la democracia, es y ha sido siempre, por el contrario, la más celosa defensora de la libertad civil y política de los pueblos, nos bastaría abrir en cualquiera parte el libro de la historia, y en sus páginas elocuentes hallaríamos á cada paso la completa demostración de esta verdad. Veríamos pasar ante nuestra vista la gran figura de Teodosio el Grande, reprendido enérgicamente por San Ambrosio por haberse dejado dominar un momento por sentimientos de crueldad y de venganza. Veríamos después á la Iglesia reparar, en lo posible, las ruinas causadas por los feroces invasores del Norte; defender contra ellos los fueros y libertades de las provincias; suavizar á los dominadores y concluir por conquistarlos para la causa de la civilización y la libertad. Veríamos surgir delante de nosotros esa época admirable de la Edad Media, tan mal estudiada y peor comprendida.

da, en la cual resplandecían, al par de la fe más profunda, los más hidalgos y caballerosos sentimientos; veríamos á la Iglesia defender á los pueblos de la brutalidad de los señores feudales; celebrar concilios generales y provinciales, sínodos diocesanas, asambleas de todas clases, enseñando así á los pueblos con su ejemplo el modo de ser libres; favorecer el establecimiento de los municipios y oponerse, en fin, por todas partes, á la arbitrariedad y al despotismo de reyes que se llamaban católicos. Contemplaríamos con los ojos de la imaginación, las maravillas del siglo de León X que popularizó el gusto por el estudio de las ciencias y de las bellas artes, desgraciadamente falseado y corrompido por la protervia de los hombres, y asistiríamos á los gloriosos principios del reinado del inmortal Pío IX el Grande, que restauró en sus pueblos la representación municipal que les arrebató la revolución francesa. Mas ya que no nos es posible emprender ni llevar á término esta magna tarea en las estrechas columnas de un periódico semanal, nos limitaremos á ampliar en otro artículo nuestras razones, consignando al mismo tiempo las doctrinas de algunos grandes escritores ortodoxos, prefiriendo aquellas en que tratan del origen del poder; y esto bastará, á nuestro juicio, para demostrar que la Re-

ligión católica ha sido siempre la defensora y propagadora de las ideas de libertad; pero libertad justa y racional, conservadora del orden social establecido por el cristianismo, y no de la libertad demagógica que conduce á los pueblos, paso á paso, á los horrores del socialismo.

II

Recorriendo la historia de las vicisitudes de la humanidad, de los grandes acontecimientos, de los trastornos profundos y de las guerras sangrientas que la han agitado sin interrupción, desde los primeros días de su existencia, á impulsos de mil encontradas doctrinas, nuestra atención se fija principalmente en dos de esos acontecimientos, como los más notables y prominentes, y que son la clave que nos aclara y explica el gran enigma en cuya solución se empeña nuestra inteligencia; enigma que consiste en esa mezcla espantosa, á primera vista incomprensible, de bienes y de males, de verdades y de errores que vemos campear constantemente, disputándose la posesión del mundo.

De esa misma manera, al estudiar las diversas doctrinas que durante tantos siglos

han servido de pasto á la ávida inteligencia del hombre, la razón por sí sola se confunde y anonada ante su cúmulo inmenso, sin que pueda distinguir en dónde se oculta la verdad; mas la razón, iluminada por los resplandores de las enseñanzas divinas, fácilmente logra reducir á dos únicamente todos esos sistemas, mirando en uno de ellos al error que reviste sus múltiples y variadas formas, y en el otro, á la verdad que se presenta siempre la misma, una, absoluta é inmutable.

En efecto, en el orden de los hechos, la caída del hombre por su rebelión contra los mandatos de su Creador, nos explica la existencia del mal en el mundo, del mal en todas sus faces, el mal físico ó las enfermedades y la muerte, el mal moral ó el pecado, y el mal intelectual, ó sea el error; y como consecuencia necesaria, la existencia en las sociedades antiguas de un sistema social, fundado en la base del mal, y en el que predominaba de una manera irresistible la caprichosa voluntad del hombre, libre de toda ley superior; mas por otra parte, la redención de la humanidad por la muerte ignominiosa del Hijo de Dios en el árbol de la Cruz, es el otro acontecimiento que nos hace comprender la existencia del bien en el mundo y su salvación de la espantosa catástrofe que tuvo lugar en los floridos campos del Pa-

raíso; y como consecuencia de ese acontecimiento memorable, la existencia en las sociedades cristianas de un sistema social fundado en la base del bien y en el que no predomina la tiránica voluntad del hombre, de una manera exclusiva, sino á cada paso sujeta y acomodada al tipo eterno de la voluntad de Dios, de la ley divina.

Sin la caída del hombre, no se explica la existencia del mal en el mundo, y sin la Redención el bien hubiera desaparecido por completo de la superficie de la tierra: lo primero fué producto de la libertad humana; lo segundo, gracia concedida por la misericordia de Dios; pero como consecuencia de ambos, y desde el momento en que se realizó la caída del hombre y salió de los divinos labios del Creador la promesa de la Redención, vemos en el mundo al bien junto al mal y á la misera humanidad unas veces caer y otras levantarse, unas veces practicar el bien y rendir sus homenajes á la verdad y otras correr desatentada por los senderos del mal, rindiendo culto al error y á la mentira, según que en ella predominan las consecuencias de la caída ó se aprovecha de las gracias de la Redención.

“Al entrar el mal en el mundo, dice Mr. Gaume, produjo el dualismo. De aquí también dos filosofías y dos literaturas, tan

opuestas entre sí como los dos espíritus que las inspiran, como los principios de donde parten, como los medios que emplean y como el fin á que se dirigen. De aquí también, como consecuencia no menos absoluta, dos políticas distintas: la política del bien y la política del mal, la política católica y la política pagana.”

En efecto, las ciencias, las artes, la literatura, la política, todo se halla sujeto á las influencias de esos dos espíritus: cuando predomina el espíritu del mal, las ciencias, la literatura, las artes y la política, se hacen paganas; es decir, ciencias sin Dios, literatura sin Dios, arte sin Dios, política sin Dios; y cuando por el contrario, predomina el espíritu del bien, las ciencias, las artes, la literatura y la política, se hacen cristianas, es decir, servidoras de Dios.

Hé aquí, pues, cómo podemos reducir á dos solamente, como antes hemos dicho, los sistemas que dividen en dos campos inmensos á la humanidad: el sistema pagano, cuya esencia consiste en la rebelión del hombre contra las leyes de su Creador, y el sistema cristiano, que no es más que la sumisión á esas mismas leyes.

Concretándonos ahora á la política, que es el objeto de estos artículos, diremos, como consecuencia de las ideas hasta aquí desarrolladas, que todos los sistemas

de gobierno que se han planteado y los que en adelante pretenda ensayar la infatigable volubilidad del hombre, pueden reducirse á dos: el sistema pagano y el sistema cristiano.

En el primer sistema, sea cual fuere la forma de gobierno establecida, monárquica, aristocrática ó popular, la voluntad del hombre es la ley suprema que rige á los pueblos, ley que no reconoce otra ley superior, voluntad que no se doblega ante ninguna otra voluntad, regla de conducta impuesta á los ciudadanos que no se sujeta á otra regla alguna. En este sistema se desconoce por completo la existencia de un tipo eterno de perfección, al cual haya necesidad de ajustar los mandamientos de la autoridad, so pena de usurpar los derechos de Dios, de hollar los fueros sagrados de la justicia y de trastornar locamente el orden social establecido por Dios mismo sobre la ancha y segura base de su ley, que es la ley del cristianismo.

Semejante sistema reinó casi exclusivamente en las sociedades antiguas, en las cuales la voluntad de la persona ó personas encargadas de confeccionar las leyes, era la ley única que no admitía apelación, ley suprema, inexorable, ineludible. En las naciones regidas por un gobierno popular ó republicano, el pueblo era el soberano omnipotente, cuyos caprichos no se

sujetaban á regla alguna de un orden superior, y en las sociedades gobernadas por medio del sistema monárquico, la voluntad del Rey ó del César, supremo Imperante y Pontífice supremo á la vez, dueño de vidas y haciendas, era la ley por excelencia. Vemos, pues, que ambos sistemas de gobierno, el republicano ó popular y el monárquico, venían á ser en las sociedades antiguas, en la esencia de sus doctrinas y especialmente en sus resultados prácticos, una misma cosa, un solo sistema que hacía gemir á los pueblos bajo el yugo insoportable de la esclavitud y la tiranía; porque si bien el sistema republicano ostentaba algunas apariencias de libertad, ésta quedaba ilusoriada, no solamente por ciertas instituciones sociales, como la esclavitud y la división del pueblo en castas radicalmente separadas entre sí, que impedían que el mayor número gozara siquiera de esos vislumbres de libertad, sino principalmente porque, una vez elegidos por el pueblo los mandatarios, éstos comenzaban á legislar sin sujetarse á ley alguna de un orden superior que garantizara la libertad, ¿y qué importa al pueblo el derecho de designar á sus gobernantes, si éstos, en el ejercicio de la autoridad no han de tener por norma de sus actos más que los caprichos de su voluntad suprema?

En las sociedades modernas, desde el Renacimiento hasta nuestros días más particularmente, vemos repetirse este mismo fenómeno. Desde que el espíritu del pagano mismo se introdujo en el corazón de las sociedades modernas, rompiendo la admirable unidad en ideas y sentimientos que en estrecho y amoroso lazo ligara á los diversos pueblos que durante la Edad Media crecían y se desarrollaban á la sombra de la Iglesia, se señalaron con surcos más profundos los dos campos que siempre han dividido á la humanidad. En el campo pagano vemos bullir y revolverse en confuso y agitado movimiento un ejército de teorías más ó menos descabelladas, más ó menos irrealizables y aun ridículas, pero falsas todas y que pueden clasificarse también reduciéndolas á dos solamente: la teoría demagógica del liberalismo y la teoría cesarista.

El liberalismo dice: "la soberanía reside "esencial y originariamente" en el pueblo, y lo que el pueblo decreta es lo justo y lo verdadero;" y el cesarismo dice: "el Rey ó el César es la persona "inmediatamente" designada por Dios para reinar y, por consiguiente, el Rey ó el César es "ley viva" y su voluntad no reconoce otra voluntad superior." Ambos sistemas monstruosos, por más contrarios que á primera vista parezcan, son, sin embargo, en

su esencia y en sus resultados prácticos, una misma cosa, un solo sistema que tiene por objeto la deificación del hombre, la apoteosis de la razón, por medio de la omnipotencia del pueblo ó la omnipotencia del César.

A ambos sistemas conviene, pues, la descripción que del cesarismo hace el sabio autor antes citado, y cuyas palabras copiaremos aquí para completar la idea que debe tenerse del paganismo político que ha invadido á las sociedades modernas. Dice así:

“En este sistema el hombre social, emancipado de las leyes divinas, reina sin fiscalización en las almas y en los cuerpos. Su razón es la regla de lo verdadero, y su voluntad el origen del derecho. El fin supremo de su política es el bienestar material, sin relación con el bienestar moral. Los destinos futuros de la humanidad no entran para nada en sus cálculos, y para él la religión no es más que un instrumento de reinado que él tiene en su mano, rigiéndola como cualquier otro ramo de la administración, por medio de sacerdotes, sus funcionarios y agentes. Mientras su interés lo exige, y en los límites en que le conviene, la hace respetar, y si no, la abandona y la persigue. Las religiones todas, por contradictorias que sean, con tal que le garanticen sus goces, manteniendo al

pueblo en la obediencia, son buenas á sus ojos, y las protege á todas sin creer en ninguna.

“Igual supremacía tiene en el orden social. Todo en él viene del hombre y al hombre vuelve. El es quien por medio de un contrato formulado y firmado por él mismo, funda las sociedades, crea el poder y lo delega para volver á recobrarlo; marca la libertad de cada uno; constituye la propiedad; da la educación; gobierna las fortunas, y nada se substraerá á su soberanía.

“Según, pues, se ve, el cesarismo es la apoteosis social del hombre. En principio, es la proclamación de los derechos del hombre contra los derechos de Dios, y en el hecho, el despotismo elevado á la última potencia.”

Tal es la política pagana.

En otros artículos haremos una breve exposición de la política cristiana.

III

Cuando las tinieblas del paganismo cubrían toda la tierra, la inteligencia humana gemía víctima del fanatismo y la superstición, del error y la ignorancia; el hijo de

familia sufría resignado la despótica y bárbara autoridad del padre; la esposa no era para el marido más que el instrumento de un pasajero placer, y vivía destituida de toda autoridad, de todo derecho, tal vez, aun sobre los seres á quienes había dado la vida; el pobre esclavo, andrajoso y miserable, no era para su avaro dueño más que una "cosa" cuya estimación se hallaba en razón directa de sus habilidades y productos; las clases ínfimas de la sociedad se arrastraban trabajosamente en el cieno de las ciudades populosas, destituidas de todo derecho político y aun civil; y en fin, los gobiernos cuya autoridad no tenía más fundamento que la necesidad, ni más origen que la fuerza y la audacia, se hallaban en constante y tremenda lucha contra el pueblo á quien vejaban y tiranizaban con cínica insolencia, cayendo á menudo deshechos al furioso embate de las oleadas revolucionarias.

Pero hé aquí que alborea en los horizontes el día esplendoroso de la libertad. —Un niño ha nacido pobre, oscuro, en la gruta más humilde de los alrededores de Belén. Reyes y pastores doblan ante él reverentes la rodilla y le adoran, enseñando este hecho al mundo que desde aquel instante dichoso todas las razas, todos los pueblos serán considerados "iguales" ante Dios.

Treinta años después, ese débil niño convertido en hombre, comenzó á conmover la tierra al solo influjo de su palabra austera y majestuosa, de su doctrina sublime; y aunque decía que su reino no era de este mundo, desde entonces comenzó á efectuarse en las ideas, en las costumbres, en el fondo del hogar doméstico, en las instituciones públicas, en las leyes, en la sociedad entera, una lenta pero completa y absoluta transformación.—La mujer fué elevada al rango de compañera del hombre; el padre renunció á los bárbaros derechos que tenía sobre el hijo, pero el hijo aprendió, al mismo tiempo, á reverenciar al padre, considerándolo como al representante de Dios en la tierra respecto á la familia; las cadenas de la esclavitud empezaron á romperse; los gobiernos, comprendiendo al fin que el hombre no tiene por sí mismo autoridad alguna sobre el hombre, comenzaron á ajustar el ejercicio del poder á las reglas de la justicia y á prescripciones de la ley divina, y los pueblos, mirando en los gobiernos á los representantes de Dios en la tierra, les prestaron su obediencia.

El cristianismo, pues, es la misma libertad; pero jamás de su doctrina podrán deducirse esos principios que proclama y sostiene el moderno liberalismo. Lejos de enseñar que la soberanía reside en el pue-

blo, dice que todo poder viene de Dios; lejos de aconsejar que se despojara á nadie de sus bienes ó de predicar el comunismo, manifestó y encargó que se tuviera el más profundo respeto á la propiedad, que es y debe ser sagrada é inviolable; lejos de relajar los vínculos de la familia, estrechó, por el contrario, los lazos que la unen; lejos de predicar á los pueblos, como santo, el derecho de insurrección, aconsejó y prescribió la obediencia á los gobiernos establecidos, resultando de todo esto el orden más armónico y perfecto en la familia y en la sociedad.

Esta es la revolución que el cristianismo obró en la sociedad y en la política.

“El orden pasó del mundo religioso al mundo moral, dice un autor, y del mundo moral al mundo político. El Dios católico, creador y sustentador de todas las cosas, las sujetó al gobierno de su providencia, y las gobernó por sus vicarios. San Pablo dice, en su “Epístola á los romanos,” cap. 13: “Non est potestas nisi a Deo;” y Salomón, en los “Proverbios,” cap. 8, vers. 15: “Per me reges regnant et conditores legum justa decernunt.” La autoridad de sus vicarios fué santa, cabalmente por lo que tuvo de ajena, es decir, de divina. La idea de la autoridad es de origen católico. Los antiguos gobernadores de las gentes pusieron su soberanía sobre fundamentos

humanos; gobernaron para sí y gobernaron por la fuerza. Los gobernadores católicos, teniéndose en nada á sí propios, no fueron otra cosa sino ministros de Dios y servidores de los pueblos. Cuando el hombre llegó á ser hijo de Dios, luego al punto dejó de ser esclavo del hombre. Nada hay á un tiempo mismo más respetable, más solemne y más augusta, que las palabras que la Iglesia ponía en los oídos de los príncipes cristianos, al tiempo de su consagración: “Tomad este bastón como el emblema de vuestro sagrado poder, y para que podáis fortificar al débil, sostener al que vacila, corregir al vicioso, y llevar al bueno por el camino de la salvación. Tomad el cetro como la regla de la equidad divina que gobierna al bueno y castiga al malo: aprended por aquí á amar la justicia y á aborrecer la iniquidad.” Estas palabras guardaban una consonancia perfecta con la idea de la autoridad legítima, revelada al mundo por Nuestro Señor Jesucristo. “Scitis quia hi, qui videntur principari gentibus, dominantur eis: et principes habent ipsorum. Non ita est autem in vobis, sed quicumque voluerit fieri major, erit vester minister: et quicumque voluerit in vobis primus esse, erit omnium servus. Nam et filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam redemp-